

LUIS ALBERTO AMBROGGIO Y LA CELEBRACIÓN INCONDICIONAL DE LA VIDA

MARÍA ROSA LOJO¹

Estamos ante un libro asombroso, uno de esos desafíos que quizá solo se animan a enfrentar o un poeta muy joven, inexperto y audaz, o bien, como es Ambroggio, un poeta decantado y maduro, en plena posesión de su voz y sus recursos expresivos, después de haber vivido todo lo que Rilke aconsejaba vivir en sus *Cartas a un joven poeta*.

Dialogar con un monstruo de la envergadura de Whitman se puede hacer cuando aún no se ha alcanzado la voz propia, en el vértigo de la admiración y el entusiasmo, o cuando se está plenamente seguro de la singularidad de esa voz: de quién es uno y desde dónde se escribe. Este es el caso de L.A. Ambroggio, que asume en esta obra un extraordinario *tour de force*, donde crítica y creación, texto y metatexto se imbrican sin fisuras, con una naturalidad admirable.

El propio autor nos relata, en el prólogo, la génesis de esta verdadera aventura de la palabra, cuando la Universidad de Iowa le encarga la traducción de un vasto corpus de ensayos sobre los 52 cantos de *Song of myself*. Estas lecturas son el fermento para la mejor crítica que los textos creativos pueden tener, y que es, como lo aventura George Steiner en *Presencias reales*, otra obra de arte que confirma

¹ ANLE y catedrática universitaria, investigadora, ensayista y autora de una amplia gama de trabajos académicos como de creación literaria. El presente texto forma parte de la presentación del poemario *Todos somos Whitman* (México: Vaso Roto, 2014) realizada el 15/7/14 en la Biblioteca Nacional “Mariano Moreno” en Bs. As.

la anterior y que se le enfrenta, que parte desde ella para desplegar su propio vuelo. Homenaje y a la vez autoafirmación, *Todos somos Whitman* nos revela a Whitman desde Luis Alberto Ambroggio, y a Luis Alberto Ambroggio desde Whitman. Las palabras del hijo de Manhattan se sumergen y se engarzan en las del poeta de Río Tercero, para ser comprendidas, discutidas, relevadas y reveladas a la luz de su experiencia, multiplicadas y justificadas en ella, proyectadas sobre una distancia secular y territorial, que marca la vigencia de un legado y a la vez su renovación.

¿Cuáles son los ejes de ese legado, reescrito por Ambroggio con peculiares acentuaciones? Estamos ante un mundo pan-divino, donde cada individuo replica y encarna el milagro de la creación y las jerarquías se han abolido: “me pertenece y me posee la humanidad materna”, “me repudian las jerarquías como yo también las repudio” (77). Así enuncia el poema “¡Basta!”, alzado contra la injusticia y las interdicciones.

Se trata, en parte, de las jerarquías entre los pueblos que conforman la plural humanidad. En el mundo whitmaniano de Ambroggio el salvaje no es solo el desbordante y amable (*flowing and friendly*), el de la desordenada cabellera. También es el que ha sido nombrado como tal desde la civilización invasora e intransigente, que apenas atinó a calificar las antiguas culturas como “barbarie”: “esa que fue destruida por la conquista, / su sabiduría de piedra, / los templos de su cultura, / su comunión con la naturaleza infinita.” (80) Y hoy es el negado y el discriminado de los actuales imperios. El que fluctúa, incómodo, entre la caridad y los derechos; entre la aceptación y el arrinconamiento en el estatuto del subalterno: “Pertenece a la familia y a veces lo invitan, otras lo excluyen/ de las cenas familiares y su menú de auroras; / cuando viene la compañía, se han acostumbrado/ a que solo limpie, cocine o sirva la mesa.” (20) Pero “No lo destruirán”, dice el poema. “No podrán negarme, ni ignorarme, ni declararme indocumentado”, declara el sujeto lírico, asumiendo la voz del otro, que es él mismo: “estoy escrito en ti, en todos, / como todos lo están en mí.” (21)

También se levanta la voz en favor de un cuerpo “liberado/ de la jerarquía del alma/ y todos sus decretos”. (80) “Soy nativo en el territorio/ de animales y bosques, / montañas, lagos, universo de familia/ pionero audaz de mi propio centro.” (80). Una auto afirmación o pan afirmación, metafísica y existencial, que apuesta por la Naturaleza en lugar de la Historia, retornando al manantial perpetuo

del origen. O reescribe la Historia como Naturaleza. Así, en uno de los más bellos poemas del libro donde se cuenta la visita a la pequeña patria, al *homeland*, a la casa familiar del padre, que no necesita de una tumba para la conmemoración, pues, aunque muy anciano, sigue vivo. “No busco huesos/ ni el lugar de tu entierro/ porque vives. / He visitado la casa de tu nacimiento.// Emancipado, veo y escucho todo de nuevo.// En la inquietud del momento/ mi recorrido de joven prefiere la naturaleza a la historia/ y la visión abandona las anclas.// Suplanto el pulso moribundo/ con el latido de cada cosa./un manantial de sangre renovada.” (64).

Quizá por eso el poeta puede soñarse transmutado en árbol, con “la frescura de un asombro sin muerte” (79): “Anhele ser un árbol con besos de hojas/ sonriendo en el bosque al ritmo de la brisa/ y brindar aposento a pájaros felices/ que celebren el amor en mis brazos brotados.” (78)

La vida, inagotable, resurge como una multiplicidad de continuas metamorfosis. El individuo se expande, cruza sus límites, para ser otro, para ser todos. Y la suprema expresión de este ensanchamiento del ser, de los sentidos y de la conciencia, está en la comunión erótica que vincula directamente a cada uno con el universo, como se enuncia en el hermoso poema “La extensión de los cuerpos”.

Nada en el cuerpo, nada en la materia causa repulsión o rechazo, nada es “inferior” o “bajo”, ni sus desechos ni sus secreciones. Las jerarquías estallan en este punto como en ningún otro quizá: “Percibe en el estiércol/ *una fragancia más fina que la plegaria*;/ inhala el milagro de la carne/ que se renueva al ensuciarse de éxtasis/ o la mugre sagrada del trabajo”. “Vibra en su santidad descompuesta/ el ritual de las transformaciones” (52). Es la sacralidad de los cuerpos totales, pero no desde el deseo sin límites, concebido como transgresión y violencia (George Bataille), sino desde una inocencia recuperada, anterior a la Prohibición y a la Ley. La obscenidad que reivindican Whitman y Ambroggio no es satánica sino edénica, precede al pecado y a la caída.

“La divinidad de la encarnación” (tal el título de otro de los poemas), redime aun la enfermedad y el dolor mediante una aceptación que todo lo incluye y lo recrea desde el poder taumatúrgico del pensamiento poético. Como otro dios, o con dios dentro de sí, la voz de la poesía regenera la caducidad de todo lo existente en una memoria que rescata, en una recuperación que no cesa.

Todos somos Whitman busca de este modo la liberación de los opuestos en la trascendencia luminosa, en una identidad múltiple y superior. La vida en su totalidad aparece como deslumbramiento y milagro: uno por uno los sentidos son exaltados y venerados. También los animales, compañeros de los seres humanos en el mundo, a los que solo la soberbia de la razón puede juzgar inferiores. ¿No asombran acaso, con sus otras capacidades, mayores en muchos aspectos, que las nuestras? Por otra parte, ellos son los inocentes por excelencia, fuera de la corrupción, la culpa y el pecado, que exceden la condición humana en otras dimensiones: “Aceptan lo que son y lo que tienen/ sin resentimiento ni protestas. / No necesitan espejos para modelar su hermosura. / Viven desnudos, sin calzado, en el edén de las horas./ Cantan el amanecer con trinos sin escuela. / Bufan de sorpresa los alces y otras especies/ o te miran cuestionando, sin alarde, tu presencia. / Se alejan pacíficos hacia el monte y la sabiduría de sus árboles. / Se extienden en la vastedad del universo./ Duermen en paz. No les aflige la culpa ni el pecado; / tampoco ansiedades de dinero/ o la corrupción de otras ambiciones más lejanas.” (63)

Todos somos Whitman asume, sin ingenuidades, la celebración incondicional de la vida. Desde un extenso y denso mapa de lecturas vuelve a mirar la realidad con ojos nuevos, en “la curiosidad que no se asusta con la muerte”, “La curiosidad del amor, eje inagotable del universo” (89). Esa curiosidad alegre espanta las sombras, e incita a seguir el rastro de las “cartas de Dios” donde se restaura la vieja imagen medieval del Libro del Mundo: “Me encuentro yo y cada cosa/ en el arcano del cosmos innumerable/ como una carta firmada por Dios, que me rodea/ con su nombre preciso/ y sin posibilidad de entenderlo,...” (88)

Si ni lo que dice la “carta de Dios”, ni el nombre de Dios, son inteligibles, sin embargo, sí se puede vivir en ellas. O en Él: “¡Felices son los que viven en ellas/ entre los hábitos que encaminan/ a la tierra, la paz transitoria de la muerte/ y el viaje del vuelo!”(88). Los poemas las reproducen en su escritura nómada, abren las puertas de una lectura demorada que promete la plenitud y el vértigo.

Hay percepciones abismales de lo sagrado (la noche oscura del alma, el temor y el temblor), otras en cambio, van de vuelo, son vuelo, y estallan en la luz que no se apaga. A estas últimas pertenece el libro dionisiaco y a la vez contenido en sus metáforas reflexivas y exactas, que Luis Alberto Ambroggio ofrece a sus lectores como una culminación de su obra poética.